

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON ENRIQUE MORÓN

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON FERNANDO DE VILLENA

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 12 DE DICIEMBRE DE 2005

GRANADA

MMV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-2.143/2005
I.S.B.N.: 84-933672-8-1

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ENRIQUE MORÓN

La Alpujarra: poesía popular y
poesía culta

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

EL motivo para elegir mi discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada sobre un tema aparentemente tan localista como es La Alpujarra, ha sido plural y variopinto, pues me inducen a ello varias circunstancias: la primera, por ser esta comarca mi lugar de nacimiento y el ámbito de mis juegos infantiles, lo cual me dejará una huella –amena en mi caso– para toda la vida. La segunda, por haber sido esta tierra la “fuente de inspiración” en gran parte de mi obra: su paisaje está grabado en mis libros con el mismo ardor que se señala en un árbol el corazón de los enamorados. Y la tercera, porque creo que hay el suficiente material bibliográfico como para hacer un trabajo con la seriedad y el rigor que el hecho requiere. Estas tres circunstancias: nacimiento, amor e investigación, serán las que se unan en un solo cuerpo con el fin de dar –no sé si lo conseguiré– amenidad y rigor a mi discurso.

En cuando al topónimo *Alpujarra*, hay muchas opiniones de distintos historiadores sobre el cual no vamos a extendernos. Sólo decir que Miguel J. Carrascosa Salas en su magna obra *La Alpujarra*, recoge las diversas etimologías sobre la comarca: desde quien razona que procede de la voz culta *sarrat*, que significa ‘sierra’, según Eduardo Saavedra; o *albuxarra*, con el significado de ‘alba sierra’ o ‘sierra blanca’ como proponía Ibn al-Jatib; o *abuxarra*, como escribiera Luis del Mármol Carvajal, con el significado de ‘indomable’, ‘pendenciera’ o ‘rencillosa’, hasta la denominación más fan-

tástica que proponía el historiador Miguel de Luna, uniendo el nombre al de un valeroso capitán bereber llamado Abrahén Abuxarra. Sea cual fuere la auténtica etimología, sobre la cual nunca vamos a estar seguros, la verdad es que hoy la Alpujarra significa: hombre sufrido; asumido dolor o esplendente alegría; y sobre todo, inigualable belleza de los campos, valles, montes y ríos; o en fin, Naturaleza en el más amplio y primigenio sentido de la palabra.

En cuanto a los límites, los autores tampoco se ponen de acuerdo, pues cada uno da una medida más o menos cercana a la realidad. Diego Hurtado de Mendoza proponía:

Alpujarra llaman toda la montaña sujeta de Granada, como corre de levante a poniente prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo más ancho, poco más o menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos, (que ningún espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cría de sedas.

Esta pintoresca proposición de Diego Hurtado de Mendoza se acerca a otras como por ejemplo Francisco Hernández de Jorquera, que en 1594, escribe:

Las Alpujarras que caen a las espaldas de Granada, son unas montañas a la marina sirviendo de tapete a la Sierra Nevada a la parte de levante y del oriente [...] Todas sus vertientes corren a la mar. Llámase tierra del sirgo por la mucha seda que en ella se cría [...] Ésta provincia cercada de fuertes muros que la Naturaleza le dio; al mediodía tiene las sierras y al levante la tierra de

Almería, y, al norte, las de Guadix. Divídese por partidos y jurisdicciones que llaman tahas.

Son muchas por lo tanto las descripciones geográficas que hay sobre esta comarca, mas yo diría que La Alpujarra es toda tierra, en palabras de Brenan, “al sur de Granada”, o sea, en la ladera sur de Sierra Nevada que va desde Lanjarón u Órgiva a Berja, y bañada por el mar que corresponde a dicha latitud. Sé quien no estará de acuerdo conmigo y quizás lleven razón, pero con la llegada del turismo son tantos los pueblos que quieren apuntarse al “carro de la abundancia” –los mismos que ayer se enrojecían al ser considerados alpujarreños–, que como sigamos así, va a comenzar dicha comarca en Armilla y a terminar en Aguadulce.

Muchos son los autores antiguos que han escrito sobre esta montañosa y privilegiada tierra, de entre ellos sobresalen las crónicas del s. XVI de Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal y Ginés Pérez de Hita; crónicas éstas que servirán de apoyo histórico a Pedro Antonio de Alarcón para escribir su excelente libro de viajes *La Alpujarra*, una de las obras más significativas y famosas sobre esta zona, que Alarcón llevaría a cabo en 1872.

Y muchos son también los escritores, geógrafos o antropólogos que se han interesado por esta pintoresca y significativa comarca. De entre ellos destacamos al inglés Gerard Brenan, que en su obra *Al sur de Granada* nos habla de sus experiencias personales en el pueblo de Yegen. Julio Caro Baroja con *Los moriscos del reino de Granada*, en donde la mayor parte de las acciones y conflictos recogidos en su investigación tienen como escenario estas tierras. El suizo Jean Christian Spahni que desde el pueblo de Murtas nos da

una visión completa y totalizadora de esta tierra allá por los años 50 en su obra *La Alpujarra. Andalucía secreta*. El colombiano Harold López Méndez, publica en 1967 *España desconocida. La Alpujarra: rincón misterioso*, que situándose en el Barranco de Poqueira y aledaños, destaca sus vivencias, así como los caracteres y tipología de sus habitantes. Y, en fin, los trabajos geográficos, antropológicos o literarios de Joaquín Bosque Maurel, Pío Navarro Alcalá Zamora o Francisco Izquierdo Martínez, junto a la *Guía General de la Alpujarra* de Eduardo Castro, entre otros muchos autores, hasta llegar a la aparición de *La Alpujarra* que en 1992 publicara Miguel J. Carrascosa Salas, una de las obras cumbres sobre el tema, en donde nos da una visión amplia, profunda y totalizadora. Libro de obligada lectura para quien quiera conocer cualquier aspecto relativo a estas cuestiones.

Limitándonos al ámbito de la poesía, que es mi trabajo en cuestión, lo podemos dividir en dos partes bien diferenciadas: la una abarcaría la poesía popular, y la otra la poesía culta.

En cuanto a la poesía popular hay una amplia variedad temática que casi siempre solía estar relacionada con el final de las labores agrícolas o caseras, que concluía en una fiesta en donde surgían las canciones hilvanadas a las voces juveniles, como un fino encaje de bolillos: desfarfollos, matanza, bodas o cualquier otro motivo que sirviera como excusa para templar las voces o afinar los instrumentos.

Las canciones de muleros eran frecuentes en La Contraviesa. Son coplas de creación espontánea y aparecían en tiempos de siega u otras faenas agrícolas. Estas canciones están constituidas por cuatro, cinco o seis versos octosílabos de rima asonantada. Sin acompañamiento musical, todo el peso de la interpretación recaía sobre la voz larga y rasgada

del artista que barcinaba o araba en las austeras cumbres que miran al Mediterráneo:

*Tengo el mejor par de mulas
que se crían en Barbacana.
Tengo una novia a mi gusto,
estoy como me da la gana.*

Como vemos en el último verso, nuestro poeta agricultor, pierde el ritmo del octosílabo, tan cultivado en la poesía popular española, algo, por otra parte, excusable en quien improvisaba versos sin ningún academicismo. En el cancionero español abundan “estas faltas” que no restan ni un ápice a la belleza de sus textos.

Respecto a las canciones infantiles eran muy frecuentes las de mecedor, ruedas, saltos a la comba, salto sobre un niño agachado, etc... Las letras, a veces, eran hiperbólicas y disparatadas, y otras de un gran lirismo:

*Mi abuela tiene un peral
que echa las peras muy finas.
En lo alto del peral
se paró una golondrina.
Con el pico echaba sangre
y con las alas decía:
“malhaya sean las mujeres
que de los hombres se fían”.*

*Me acordaré siempre –relata Spahni– de mi primera
noche pasada en Murtas. Una luna densa y dorada se había*

levantado sobre la montaña. Las blancas fachadas de las casas se ofrecían a sus rayos como rostros al calor de la llama [...] En el horizonte, el mar resplandecía. En este marco de ensueño, el milagro se produjo. De lo alto del pueblo me vino la canción de un grupo de niñas:

*¡Levántate, morenita!
¡Levántate, resalada!
¡Levántate y dame un beso
que me voy de madrugada!*

*¡Ay, amor,
que te vas al cielo,
¿qué será de mí?
Y no sé, moreno,
si podré vivir sin ti.*

De todas las variedades folklóricas, las que guardan más actualidad y aún se conservan aromadas como preciados perfumes que, a veces, destapan el tarro de sus esencias, para recreación y contentamiento del pueblo, son el trovo y el remerino. En mi libro de memorias *El bronce de los días*, abordo el tema. Permítaseme un resumen con el fin de no alargar demasiado esta primera parte del discurso.

Se puede delimitar geográficamente cada uno de estos cantos. Los trovos miran al mar y están ubicados en la Sierra de la Contraviesa. Su cuna es la Rambla de Guarea, donde confluyen los términos de Murtas, Turón, Albuñol y Adra, pertenecientes a la Alpujarra Baja. Los remerinos, en cambio, suelen mirar a la nieve y se sitúan, principalmente, en la Alpujarra Alta.

No son autóctonos ni el trovo ni el remero, pero el alpujarreño los asume como suyos y desde años y siglos forman parte de la cultura popular de esta zona.

Los orígenes del trovo, se pueden perder en la noche de los tiempos. Ya Horacio nos habla de los *fescennini versus* (cantos fesceninos), cuyo nombre parece provenir de Fescennium, ciudad etrusca, y están ligados a las fiestas campesinas con que se celebraba la recogida de las cosechas. Según el poeta latino, consistían en diálogos en verso de contenido satírico y licencioso, improvisados entre dos campesinos que aguzaban su ingenio para lanzarse puyas e injurias mutuas, con gran contentamiento de los asistentes.

La etimología nos recuerda la existencia de trovadores medievales, poetas profesionales ambulantes, muchas veces inspirados improvisadores. De origen provenzal, entre las formas poéticas más usadas por estos, estaba la *tensos* (tensión), que consistía en una controversia sostenida por dos trovadores.

Ciñéndonos al trovo alpujarreño, es una improvisación en verso, acompañada de música de cuerda: violín, bandurria y guitarra. La música es reiterativa y la poesía, cantada, es rápida, mordaz y dinámica. La métrica, tradicionalmente, es en quintillas, aunque hoy, por influencia cubana, también se improvisan décimas, lo que incrementa su dificultad.

Los motivos, están íntimamente ligados a las recolecciones agrícolas, así como a bodas, matanzas o cualquier acto lúdico que ellos convierten en ceremonial al ritmo agudo y penetrante de violín, bandurria y guitarra.

Los troveros son incansables y, con frecuencia, pasan días y noches cantando y bebiendo los sabrosos caldos de la tierra. Así El Niño Candiota, uno de los más ingeniosos de la

zona, tras llevarse a la novia, le echó una serenata, al ser ella reclamada por sus padres:

*Pa qué quieres la maceta
si el macetero le han roto.
¡Lástima de mi bragueta,
que se ha quedao como el choto
cuando le quitan la teta!*

Los remerinos, en cambio, suelen ser música coral. Son poemas breves, generalmente amorosos, donde siempre está presente la naturaleza, pues su origen es eminentemente rural. Su nombre, según Brenan, viene de remolinos o vueltas que daban los mozos y mozas, al hacer ruedas para cantarlos:

*Tierra de la Alpujarra,
tierra bravía,
no mires a la nieve,
morena mía.
Cierra tus ojos,
que está verde la hierba
de los rastros.*

Estos pequeños poemas gozan de la estructura propia de la poesía tradicional castellana o villancico: ágil simplicidad y primitiva emoción a base de reiteraciones, paralelismos, concatenaciones, sonoros estribillos, atrevidas hipérboles; al mismo tiempo que bellas comparaciones, personificaciones o metáforas. Son estrofas cortas de arte menor y rima asonantada. Pequeñas joyas de la poesía popular concebidas para el canto:

*Cuando vienes del campo,
soledad,
vienes airosa.*

*Asómate
a la ventana y te lo diré.*

*Vienes coloradita,
soledad,
como una rosa.*

*Asómate
a la ventana y te lo diré.*

Hasta aquí una muestra del folklore alpujarreño que se sigue manteniendo gracias a la labor de los Festivales de Música Tradicional, que cada año se celebran en distintas localidades de la comarca. Mucho le debe La Alpujarra a poetas como a Juan Gutiérrez Padial –*Lanjarón, historia y tradición*–, o al guitarrista e investigador folclórico, de Cádiar, Jose Antonio Ortega Blanco; y en fin, al eminente folclorista Germán Tejerizo Robles, que tanto ha hecho, en sus obras, por rescatar del olvido estas joyas populares. Pero pasemos ahora a la poesía culta.

Desde muy antiguo fue la Alpujarra objeto de la mirada de los distintos vates, tanto musulmanes como cristianos. Los motivos pueden ser varios: o bien cantar la belleza de sus parajes o, por el contrario, describir la aspereza de sus montes, inexpugnable bastión para los moriscos. De todas formas nadie queda ajeno a esta singular tierra, fértil y abrupta, amena y cruel, cadenciosa y serena. Así Ibn al-Jatib al referirse a Berja nos escribe:

No es otra cosa que un sitio risueño para el placer de la vista y un lazo de seducción para el pensamiento. Sus campos son fértiles y sus harenas, seguros; y su hermosura manifiesta y oculta.

Por el contrario Juan Rulfo en 1584 nos describe nuestra tierra, en el Canto I de *La Austríada*, de la siguiente manera:

*Fría montaña peñascosa y dura;
en valles, honda; en cerros, eminente,
dispuesta para engaños y celadas,
motines, acechanzas y emboscadas.*

Y Calderón de la Barca en su drama *Amar después de la muerte* nos dice hacia 1640:

*Catorce leguas en torno
tiene, y en catorce leguas,
más de cincuenta que añade
la distancia de las quiebras,
porque, entre puntas y puntas,
hay valles que la hermocean,
campos que la fertilizan,
jardines que la deleitan.*

Como vemos, esta visión de nuestros antiguos poetas, a nadie dejaba indiferente, es más, todos se sentían estimulados por la recia personalidad de la zona, que tanta tinta, de amor y admiración ha hecho derramar a cuantos viajeros la han visitado.

Ya en el siglo XX ha sido una legión de poetas la que ha dejado constancia, en sus escritos, de su admiración por la comarca.

De todos estos autores, el que merece una atención especial es Francisco Villaespesa (1877-1936), por dos razones: la primera, por su importancia en las letras hispanas, destacándose como uno de los más importantes modernistas, exquisito y prolífico cuya obra, a veces desigual, abarca más de setenta libros de poesía. La segunda razón es porque nuestro autor era de Laujar de Andarax, por tanto de La Alpujarra almeriense. Esta circunstancia hace que el autor que puebla sus versos de ninfas, cisnes o pavos reales –piénsese en *La copa del rey de Thule*–, también se sienta atraído por el paisaje de su tierra, menos oriental y más intimista. Uno de sus libros más sobrecogedores será *Viaje sentimental* (1903-1904), en donde vuelve desolado a su pueblo natal tras la muerte de Elisa, su primera esposa:

*Buscando a mi dolor algún alivio,
quiero volver a ti, valle natal,
y aspirar otra vez tu aliento tibio
bajo la luz del sol primaveral.*

El poeta describe este paisaje con su torre mudéjar, sus barrancos, sus manantiales; es como si quisiera sumergirse en la infancia, donde encontrar consuelo a tanta desolación. Quiere llegar a su antigua casa y reposar, por fin, y abrir el corazón a los sentidos con aquella inocencia que lo alejó del Valle, a los ocho años, para partir hacia Almería, Granada y después a la bohemia madrileña:

*¡Oh morisco Andarax, donde he nacido,
sé buena madre para mi amargura;
y al hijo que se fue y torna herido
perdona, y todas sus heridas cura!*

Pero Laujar significa mucho para el poeta, pues además de su cuna y además de su infancia sería la tierra donde viviera y donde murió el más importante romántico caudillo que diera La Alpujarra:

*Mientras la fuente su canción moruna
desgrana, y el azul su luz destella
sobre el jardín, un rayo de la luna
la sombra dibujó de Abén-Humeya.*

En efecto, *Aben-Humeya*, antes ya lo hizo Martínez de la Rosa, titularía a uno de sus famosos dramas:

*Pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo.*

Y en fin, nuestro célebre autor se muestra orgulloso de su tierra en sencillos versos como estos:

*¡La Alpujarra es el balcón
en donde se asoma España
para ver, como en un sueño,
las bellas costas de África,
que a través del mar le envían
sonrisas de enamorada!*

En 1961 se organizó un viaje artístico a La Alpujarra. La expedición estaba compuesta por pintores, periodistas y poetas, con el título Jornadas de Arte. Cada cual tenía su cometido: los pintores tomar apuntes para futuros cuadros, los poetas “inspirarse” para elaborar sus textos, y los periodistas dar fe, día a día, de los parajes por donde iban pasando. Fue una expedición entrañable, recibida con hospitalidad allá por los pueblos por donde iban pasando. Una expedición, en suma, que recordaba la de aquellos viajeros del XIX, interesados en la España profunda, para rescatar el espíritu de sus gentes y de su paisaje. Pero la España que visitaban aquellos viajeros era una comarca lejana y cercana a un mismo tiempo, entrañable y desconocida a la vez, por lo abrupto de sus caminos y por la pobreza de un país que aún padecía las secuelas de la posguerra. De todo ello se hicieron eco aquellos intrépidos camineros y sus trabajos, poesía y pintura fueron expuestos en el Centro Artístico de Granada, como exitosa culminación de aquel viaje.

Cada uno de los poetas que intervinieron fueron dejando su impronta plasmada en unos humildes pliegos titulados: *Poetas en La Alpujarra*. Todos habían sido cautivados por esta zona. El hombre y el paisaje serían las más lógicas recurrentias, pero cada cual plasmó su carácter de muy diversa manera. Así Pedro Bargeño nos recuerda, en romance, las pretéritas luchas de los moriscos:

*Decimos en voz alta:
“la libertad”, “la vida” .
De una rebelión vieja
esta es la geografía.*

Parecido es el tema que nos plasma, en coplillas, Ladrón de Guevara:

*Qué mala estrella
guió los pasos
de Abén Humeya.*

En cambio Rafael Guillén pone más énfasis en el paisaje:

*Hay un campo de lanzas encendidas,
chimeneas de barro y de ternura,
chimeneas o espigas.*

Antonio Pérez Almeda se inclina hacia las altas cumbres:

*Sube la tierra a la fuente
del Mulhacén, toca el cielo,
y, de un salto –apenas vuelo–
se arroja el mar de repente.*

Finalmente Miguel Ruiz del Castillo, con una clausura unanimiana, nos deja entrever su preocupación por el hombre:

*Tu rebeldía
el sudor y el trabajo
de cada día.
Tras la montaña
cara y cruz de la sierra
¡me duele España!*

Pues bien, aquellos jóvenes poetas, algunos hoy falleci-

dos, nos dieron una lección de amistad y buen hacer lírico. De aquella lejana empresa hoy día se siente orgullosa esta zona que, gracias a plumas como éstas, o a las de tantos viajeros que se enamoraron de sus campos, hoy La Alpujarra es considerada en España, como paradigma de zona natural y pintoresca aunque haya perdido, eso sí, a causa de la especulación y el elevado turismo, gran parte del encanto que entonces le caracterizaba.

Con motivo del I Festival de Música Tradicional de Cuerda, celebrado en Yegen el 3 de enero de 1982, se publicó el librito *Itinerario lírico de La Alpujarra*. Dicho libro fue el primer intento que tuve de abordar una antología sobre mi tierra, pero se quedó en eso, puesto que los poetas antologados eran muy pocos y no representaban a cuantos yo hubiese querido. La entrega estaba compuesta por poesía tradicional y poesía culta. La mayoría de los poetas antologados ya están citados anteriormente. Sólo nombrar unos versos de Elena Martín Vivaldi:

*Cima y sierra, nevada cumbre, altura;
por vecina del cielo casi hermana
de águila y nube. Cerca y tan lejana,
de verde valle trazas fiel cintura.*

O los sentidos versos del autor de Lanjarón Juan Gutiérrez Padial:

*Río mío de nieve. Río de prisa
arcana y musical en tu ribera.
Agua de mi querencia, que te espera
de paz en paz a tu altivez sumisa.*

Este breve poemario sería el embrión del libro que llevé a cabo diez años más tarde: *Tierras de la Alpujarra. Antología poética*. Aquel pequeño esbozo de antaño se convertiría en una realidad y creo que, hasta ahora, es el poemario más completo que se haya escrito sobre la zona. Dicha antología reúne a treinta y tres poetas de las dos provincias que comparten esta comarca: Granada y Almería. Fue para mí una satisfacción la masiva respuesta que tuve a mi requerimiento. En ella se encuentran todos los poetas contemporáneos citados, más un largo etcétera, hasta superar la treintena; poetas de todos los estilos, de todos los tonos, de todos los sabores, se unieron en esta policromía de registros para hacer posible dicha obra. Aquí se encuentran unidas, con el solo deseo de cantar a esta tierra, varias generaciones. La ya citada Generación del 50; la del 60-70, representada entre otros por Antonio Carvajal:

*Siempre miro los montes donde el alba
era más alta y lenta [...]*

O Juan J. León:

*En medio de la plaza se congrega
el sueño ambiguo de los viejos lares
acariciados por la luz del día.*

O la Generación del 80, con poetas como Antonio Enrique:

*Vinieron y en sus alas traían
rocío y arena, y pétalos de almendro
de Cádiz a Narila [...]*

O José Lupiáñez:

*He descubierto la paz en el sur,
en un pequeño pueblo del sur
donde los hechos tienen la dimensión del hombre
y vivir no levanta sospechas.*

O Fernando de Villena:

*Piedra y río de Cádiar, armonía
de agua y cielo y de trinos jubilosos:
principio y corazón de mi poesía.*

O, en fin, la poetisa almeriense Pilar Quirosa:

*Albuxarrat –te llamó solemne–
y la historia se llenó de signos.*

Respecto a poemarios dedicados íntegramente a esta tierra no hay muchos. Como vemos la poesía está dispersa en libros, revistas o antologías. No obstante podemos citar por su profundo colorido: *Alpujarra fuente de luz* (1991) un bellissimo libro de fotografías de Ramón León, sobre la tierra, y acompañados de textos poéticos de Arcadio Ortega Muñoz:

*Por entre las callejas placenteras,
bruñe la núbil cal, aún no violada,
las horas de alcanzar su lozanía.*

O la excelente carpeta de poemas y grabados (1996) patrocinada por la UNESCO, y titulada *Las Alpujarras*.

Sierra Nevada, en la que colaboraron los poetas: Antonio Carvajal, Julio Alfredo Egea, José G. Ladrón de Guevara, Rafael Guillén, José Lupiáñez y quien esto suscribe.

Y aunque parte de mi obra poética se encuentre impregnada por un profundo olor a tomillo y a mastranzo y a poleo, sólo dos libros tengo cuyo nombre indica mi alusión a esta tierra: el ya lejano *Romancero Alpujarreño* (1963) y el más cercano *Cementerio de Narila* (1996), con cuyos versos finales termino esta intervención:

*El pueblo parecía
un grito de luciérnagas. La brisa
acariciaba, hería.
¡Cuánta emoción! ¡Enhiesta la sonrisa!
Y fueron generosas
las celindas, las dalias y las rosas.*

Muchas gracias

ENRIQUE MORÓN

Cádiar (Granada), 1942. Se licenció en Filología Románica por la Universidad de Granada. Actualmente es Catedrático de Instituto de Lengua y Literatura españolas.

Obra poética

Es una de las voces poéticas más destacadas de nuestro panorama actual y consigue su madurez poética a partir de 1970. En su *Poesía 1970-1988* (Ánade, Granada, 1988), se recogen sus nueve primeros títulos: *Paisajes del amor y el desvelo* (El Bardo, Barcelona, 1970), *Odas numerales* (El Bardo, Barcelona, 1972), *Templo* (Universidad de Granada, Granada, 1977), *Bestiario* (Ámbito literario, Barcelona, 1979), *Cantos adversos* (El Bardo, Barcelona, 1985), *Crónica del viento* (Alfar, Sevilla, 1988), *Soledad y Sereno manantial*, ambos inéditos hasta entonces, seguidos de su *Romancero alpujarreño* (2ª ed., Diputación Provincial de Granada, Granada, 1988), en palabras del propio autor, profundamente transformado. Con posterioridad a ese volumen de recopilación ha publicado *Despojos* (Ánade, Granada, 1990), *La brisa de noviembre* (Colección “Campo de Plata”, Granada, 1995), *Veredas* (Colección “Alhucema”, Almería, 1995), *Otoñal égloga* (Ánade, Granada, 1996), *Cementerio de Narila* (Ayuntamiento de Órgiva – I.B. Alpujarra, Órgiva 1996), *Senderos de Al-Andalus* (Port-Royal, Granada, 1999), *Del tiempo frágil* (Batarro, Almería, 1999), *Inhospita ciudad* (Dauro, Granada 2002), *Florilegium* (Cuadernos literarios de Salobreña, Salobreña, 2003) y *Si canta el ruiseñor* (Editorial Alhulia, Salobreña, 2004).

Obra dramática

También ha cultivado el teatro, pasión muy íntima en él. De su obra dramática en marcha, se han publicado *La mecedora* (Órgiva, 1998) y su *Trilogía del esparto* (Motril, 1999), que recoge las obras *Fin de año*, *La noche de los perros* y *Las flores del ocaso*; y *Trilogía del asfalto* con los títulos *Los viejos arrabales*, *Un drama romántico* y *El jardín de Afrodita* (Editorial Alhulia, Salobreña, 2004).

Obra en prosa

El bronce de los días. Memorias (Port-Royal, Granada, 2003).

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON FERNANDO DE VILLENA

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras, Señores:

CON un prodigio de lenguaje, erudito y ameno al mismo tiempo, nos ha deleitado el poeta Enrique Morón exponiéndonos lo que ha supuesto en la Literatura este mágico y singularísimo territorio de las Alpujarras. Pero, a fuer de hombre modesto, ha dicho muy poco acerca del poeta que más hondamente ha penetrado en el espíritu, la belleza y la melancolía de esta amplia comarca que hace hermanas a la provincia de Almería y a la de Granada. O sea, se ha guardado de hablar suficientemente de sí mismo. Por ello, a mí me cumple ahora referir sus méritos.

Nacido en Cádiar en 1942, Enrique Morón siente la llamada de la poesía apenas salido de la niñez, cuando un profesor le presta las “Rimas” de Bécquer. Poco después descubre la obra de Antonio Machado, la de Juan Ramón Jiménez y la de los autores del 27 con Lorca al frente. Marcada por todos ellos está la primera etapa del poeta que se inaugura en 1963 con el libro “Poemas”, al que sigue el “Romancero Alpujarreño” y ese primer gran libro que se tituló “El alma gris” y que, como los anteriores, el poeta no quiso incluir en su poesía reunida. En el prólogo de “El alma gris” leemos: “La poesía, como arte subjetivo, es una emanación auténtica, desnuda, que fluye del cerebro del artista al manantial creador de la realidad”. ¡“Emanación auténtica y desnuda”! Nada más contrario a la idea hoy tan de moda de que el poeta es un fingidor. Autenticidad es la prime-

ra característica de la poesía de Enrique Morón, una autenticidad a la que será fiel hasta en sus últimas entregas.

El encuentro de frente con la más terrible de las soledades y la vuelta al sagrado territorio de su infancia en Cádiar, llevan a nuestro poeta a la madurez de su libro “Paisajes del amor y el desvelo”. Enrique Morón se siente especialmente satisfecho con este libro suyo que tan fielmente refleja su soledad en el pueblo, su intimismo. Poesía clásica que nos lleva a pensar en un Modernismo interior.

A partir de este libro, el poeta ha descubierto su universo lírico. Este mundo lo ha explicado mejor que nadie José Lupiáñez al afirmar que “Enrique Morón ha manifestado una especial inclinación por cierto bucolismo trascendente y ha hecho girar su obra en torno a un universo de aldea, idealizado en sus valores, y opuesto a la experiencia de la ciudad”.

Así pues, desde estos “Paisajes del amor y el desvelo” hasta sus poemarios más recientes, ya nos acompañarán casi siempre ese ámbito rural tan hondamente sentido que sirve para comunicar los estados anímicos del poeta, esa ternura (que es emoción en estado purísimo) ante el paisaje y ante el desvalimiento de los hombres, esa luz y esa melancolía de estirpe romántica y ese intimismo inefable.

Y se van sucediendo títulos que son sucesivos logros: “Odas numerales”, “Templo”, “Bestiario”, “Cantos adversos”, “Crónica del viento”, “Soledad” y “Serenos manantial”.

Posteriormente se publica “Despojos”, que supone una mirada llena de ternura y también de fuerte denuncia hacia la miseria humana, hacia los desvalidos.

De 1995 es “La brisa de noviembre”, libro en el que el poeta, ya desde el otoño de su vida, vuelve la vista atrás.

En contraste con el anterior, “Veredas”, es un poemario

vitalista, de amor y de erotismo, con aromas a campo en sazón.

En 1996, Enrique Morón participa en el libro colectivo “Églogas de Tiena”.

Y llega “Cementerio de Narila”, uno de los mejores poemarios de la literatura española contemporánea, en realidad un solo poema largo e intenso, en la atmósfera de “El cementerio marino” de Valery. .

En “Senderos de Al-Ándalus”, publicado en 1999, el autor homenajea la poesía y toda la cultura arábigoandaluza.

De ese mismo año es “Del tiempo frágil” donde Enrique Morón canta nuevamente al amor, al paisaje y al tiempo, temas medulares de toda su obra. Su poesía ha alcanzado ya un tono verdaderamente clásico.

En “Inhóspita ciudad”, el autor nos ofrece una impecable poesía urbana, pero tras ésta late su nostalgia del campo.

“Si canta el ruiseñor” (2004), su último poemario publicado, es una obra aforística y profunda, otro libro clásico y definitivo.

Como vemos, nos encontramos ante un poeta prolífico, tal Lope o Juan Ramón Jiménez, pero no hay decaimientos en su obra. Cada uno de sus libros representa una aventura distinta, y de todas ellas sale airoso el autor gracias a su formación rigurosa y a su exquisita sensibilidad.

Pero Enrique Morón no se ha limitado a cultivar el verso. En 1998 sorprende a sus lectores con “La mecedora”, un monólogo teatral del que el crítico Ángel Cobo ha dicho: “...es un texto dramático magníficamente escrito por un grandísimo poeta que tiene capacidad técnico-expresiva para demostrar que la materialización y desarrollo de un microcosmos lírico-poético genera un macrocosmos dramático”.

Después aparece su “Trilogía del esparto” compuesta por

las obras “Fin de año”, “La noche de los perros” y “Las flores del ocaso”. Blas López Ávila nos explica que en los tres textos aparece “el trabajo artesanal frente a la más avanzada tecnología; más aún, la percepción de un tiempo pasado, no mejor probablemente pero sí más humano (...) frente a un presente y un futuro invadido por el mundo de la robótica y la informática”.

Y en 2004 publicaba otras tres obras, “Los viejos arrabales”, “Un drama romántico” y “El jardín de Afrodita”, con el título global de “Trilogía del asfalto” donde el autor –en palabras de Miguel Ávila Cabezas– “proponía un paradigma teatral en el que los personajes se veían irremisiblemente atrapados (...) en el interior de la tragedia...”.

En sus años de estudiante bohemio en Granada, Enrique Morón se aficionó al teatro, y es la suya una dramaturgia de contenidos, una navegación de hondura, una práctica teatral que vuelve a tener por eje la palabra, esa palabra que conmueve y despierta la imaginación del público. Y ello porque nuestro autor sabía muy bien que los experimentos dramáticos de las últimas décadas que cifraban todo en la escenografía, estaban abocados a un callejón sin salida.

Finalmente, Enrique Morón también ha cultivado la prosa en sus memorias “El bronce de los días”, libro unitario y amenísimo que representa la andadura de un hombre de bien en busca de sí mismo.

Quiero terminar diciendo que con Enrique Morón entra en nuestra Academia un oreo de campos azotados por la lluvia, una música íntima de campanas a la caída de la tarde o de un río que se abre paso entre los álamos, una visión emocionada de la naturaleza y de los hombres que luchan en silencio, dignamente. Con el nos llega la autenticidad.

Bienvenido.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 6 de diciembre del año 2005,
CCCXLVII aniversario de la muerte
de Baltasar Gracián, escritor y pensador español,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMV